
RAFAEL BALTAR TOJO

Doctor Arquitecto. Profesor de Proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura en La Coruña. Universidad de Santiago de Compostela.

Conducta social y habitat

Es evidente que el ambiente físico afecta a la forma de vida y a los hábitos de las personas; pero el ambiente físico está definido por diversidad de factores y cada uno de ellos actúa sobre el individuo de forma diferenciada. Trataremos de conocer de qué forma alguno de ellos, que conforman el habitat humano, actúa sobre la conducta social del individuo, produciendo determinados hábitos.

Desde el punto de vista arquitectónico el bienestar se relaciona con la creación de espacios y ambientes capaces de producirlo (en un sentido físico y psíquico) y también con la desaparición de aquellos espacios que por su degradación impiden que este bienestar se produzca.

La relación entre el habitat y la forma de vida tal vez aún no haya sido estudiada en profundidad, pero sí se ha tratado de obtener información encaminada al perfeccionamiento de un diseño basado, sobre todo, en la corrección de los defectos observados. No es sólo un interés funcional el que preside la investigación, sino también la valoración de los defectos que pueden producir desorganización social y la incidencia de esta desorganización en la conducta humana, produciendo conductas peligrosas o socialmente inconvenientes.

Por ello, en principio, la apreciación se centraba en la búsqueda de relaciones directas entre viviendas inadecuadas y determinadas situaciones conducentes no sólo a un incremento de las enfermedades o del índice de mortalidad, sino también de desórdenes que pudieran derivar en conductas delictivas. También se trata de conseguir un mayor conocimiento acerca de formas de vida y funciones familiares dentro de un vecindario con unas determinadas características.

La investigación y los estudios se han incrementado en los últimos tiempos debido a la enorme expansión que la civilización industrial produjo en las áreas urbanas. Las ciudades, en general, han crecido en relación a la influencia de la industria, produciéndose graves problemas de alojamiento en ellas, al convertir en urbanas civilizaciones rurales. Pero ya antes de la Revolución Industrial las grandes ciudades padecían problemas. Aldo Rossi nos recuerda el problema de vivienda que sabemos que padecía la antigua Roma, o como, por ejemplo, en la ciudad medieval “las condiciones de vida de las clases oprimidas eran de las más tristes de la historia de la humanidad”, que es confirmado por la conclusión de Engels, según el cual “el problema de la vivienda... ha castigado a todas las clases oprimidas de todos los tiempos y de manera bastante uniforme”. Pero sucede que la dimensión y el número de las grandes ciudades ha crecido considerablemente a partir de la Revolución Industrial, y que la industrialización llegó a producir transformaciones en los rasgos generales de la ciudad. Rossi marca tres etapas en la transformación: en la primera se destruye la estructura medieval, según la cual, vivienda y trabajo se reunían en el mismo edificio; es “el fin de una economía doméstica entendida como unidad de producción y de consumo”.

En la segunda etapa se acentúa la separación entre lugar de trabajo y vivienda, favorecida por el progresivo desarrollo de los medios de transporte. Esto hace que disminuyan las relaciones entre vecinos. El grado de industrialización va aumentando y proliferan las viviendas de alquiler.

Por último, en la tercera etapa, e influyendo poderosamente en la independiente elección del lugar de residencia, figura el gran desarrollo del transporte individual; la movilidad aparece como un factor modificador de la estructura ciudadana.

Park ya había hecho notar que la movilidad física, posibilitada por los sistemas de transporte, tan en relación con los avances de la época industrial, supuso “la ruptura de vínculos locales y la debilitación de las restricciones e inhibiciones del grupo primario, bajo la influencia del ambiente urbano, en muy buena medida responsable del aumento del vicio y el delito en las grandes ciudades”, entendiéndolo por grupo primario aquel en que se mantiene “la asociación y la cooperación cara a cara”. A juicio de Park, la movilidad social, así como la división del trabajo, destruyeron las formas clásicas de control social, tales como las que establecía la familia, los vecinos y el grupo comunitario local. Park llega al extremo de considerar al automóvil como un elemento no sólo “letal”, sino también “desmoralizador”.

Por otra parte, la movilidad que el transporte mecánico proporciona, además de debilitar los controles sociales y alterar el esquema de vida, tiende a que la vivienda de la ciudad se transforme en un dormitorio; el sentido de hogar en la vivienda urbana, que aún conserva la vivienda campesina, se va debilitando.

También Dewey se pregunta si la casi total desaparición de las ataduras que enlazaban a los indivi-

duos de la comunidad o lo rutinario de estas relaciones no habría provocado la aparición de otras necesidades como “la frívola excitación de la vida, la manía del movimiento o la necesidad de estímulos artificiales”.

Dentro del fenómeno de la movilidad que va a permitir el trabajar en un área, vivir en otra y buscar esparcimiento en lugares diferentes, habría que distinguir unos movimientos fijos y habituales y otros alentados por diversas circunstancias de ocio, aventura y alguna otra a la que no es ajena o consecuencia el vicio y el delito; este tipo de movilidad es más acusada en áreas de desorganización, donde los controles sobre el grupo primario apenas existen, o no existen en absoluto, y por ello pueden desarrollarse con facilidad no sólo el vicio, sino también la delincuencia juvenil y el delito en general.

Hace ya siglo y medio, se iniciaban en Europa trabajos orientados a medir, estadísticamente, fenómenos relacionados con estos desórdenes sociales. Así sucede con los estudios de Champneuf, en Francia, quien, para unos determinantes fijos y constantes, al modificar las condiciones del medio, vió que se podían modificar los actos.

Gran Bretaña también, a mediados del siglo pasado, contó con investigadores interesados en estudios que relacionaban el territorio con el crimen. El juez Buchanan señalaba y describía las áreas ciudadanas en que la delincuencia era más frecuente; llegaba, por supuesto, a la conclusión de que la delincuencia en las ciudades se concentraba en las áreas más degradadas.

Refiriéndose al crecimiento producido en las áreas urbanas a raíz de la Revolución Industrial y de la transformación operada en todo el país por esta causa

(que hizo que un país agrícola se transformase en industrial), se citan nuevas posturas obligadas y activadas por un espíritu renovado; pero también se observa como, en paralelo, se produce irremediamente una excesiva acumulación de individuos pertenecientes a las clases trabajadoras en espacios apretados, descuidados y en habitaciones insanas, sin que las circunstancias les permita acceder fácilmente a otro alojamiento. En estos lugares puede incluso sentirse como natural esta situación de penuria, llegándose a producir en muchos un permanente estado de desmoralización que en casos conduce a una pérdida de cualquier afán de superación, abocando al individuo a conductas viciosas y en peligro de incurrir en trayectorias delictivas.

Y también en Gran Bretaña, a mediados del siglo pasado M.D. Hill observaba que en las ciudades que antes de la industrialización eran todavía pequeñas, todos los habitantes tenían entre sí un cierto grado de conocimiento. Esto propiciaba el que en las pequeñas ciudades existiese lo que él llamó "policía natural", que coacta ciertas actividades del individuo. Esto no sucede en las grandes ciudades, donde es posible vivir fuera del control de los demás y muchos se refugian precisamente en ellas para que su conducta pueda ser más anónima. Hill consideraba también eficaz el control que ejercían, en otro tiempo, las clases más acomodadas, que a la vez poseían un mayor desarrollo cultural, sobre los más deprimidos cuando, antes de la Revolución Industrial, vivían en mayor relación y en las mismas áreas. Hoy se separan en barrios y se desarrollan con arreglo a una normativa diferente.

En esta misma época, algunos estudios sorprenden por su rigor y contenido; así los de Mayhew, re-

laciona edificios, número de viviendas, superficie, distribución de población, densidad, tipología de viviendas y la profesión de sus habitantes, tanto de las reconocidas como las de aquellos que denomina "los que no quieren trabajar" y que abarca desde mendigos y prostitutas hasta ladrones y estafadores, precisando no sólo el emplazamiento de su vivienda, sino el lugar donde actúan. Pues bien; estos estudios y relaciones le sirven para comprobar que, por ejemplo, la delincuencia juvenil es muy superior en los condados que contienen en sus límites grandes ciudades, con la conclusión de que se trata de una conducta sobre todo ciudadana; o que los delitos no se distribuyen uniformemente dentro de la ciudad, sino que se concentran en determinadas áreas.

También se observó que las áreas de mayor incidencia delictiva se corresponden con las áreas de vicio, es decir: vicio y delito aparecen juntos. Vicio y crimen dependen, ya lo hemos mencionado, en gran parte, de la ociosidad, la movilidad, el desorden y el modelo de individuos reunidos en el área. En cuanto al desorden, se observa que resulta fundamental para que el vicio y el crimen puedan vivir ocultos y, además, desarrollarse.

Coinciden, en su distribución, el vicio y el delito en áreas en las que existen otras circunstancias que acompañan al desorden, tal como un alto índice de pobreza, enfermedades, abandono de familia, suicidio... Se excluyen de áreas de desorden algunos delitos tal como muy determinado tipo de robos y atracos, más frecuentes en distritos residenciales de superior nivel de vida donde, en general, no existe el vicio comercializado, al menos de forma notoria.

Al estar el vicio proscrito por la sociedad, ha de ocultarse de ella de forma que pueda aislarse no sólo

de la vida familiar, sino también del ámbito vecinal; de este modo, se reduce a unas áreas en las que queda acotado tras establecer los límites morales que tienden a aislarlo a él y a sus expresiones más visibles, como determinados espectáculos, casas de prostitución, sex-shop, salones de juego y de máquinas, etc., en sectores definidos.

Las áreas de vicio comercializado solían ocupar zonas próximas al centro; hoy, debido a la mayor posibilidad de desplazamiento, también ocupan lugares de las afueras de la ciudad, donde se establecen “clubs” y “albergues”.

Como el vicio comercializado se desarrolla en áreas urbanas desorganizadas, también suele encontrar un buen campo de expansión de áreas de inmigrantes donde la vida social propende a la depresión económica y la irregularidad; de aquí deriva, por ejemplo, el término “barrio chino” que por extensión se aplica a áreas de vicio en las ciudades.

Pero éste es sólo un aspecto de desorganización social, uno de los más visibles. Un índice más abstracto pero muy expresivo de desorganización social es la relación entre un alto valor del solar y una baja renta a abonar por cada individuo. Quiere decir esto que se corresponde con una buena situación de emplazamiento (tal vez una situación céntrica) con alto costo del suelo y con viviendas deterioradas, de renta antigua, o bien altamente pobladas de forma que cada vivienda se comparte por un número elevado de personas; las habitaciones individuales se vuelven apropiadas para producir renta y además tienden a establecerse en el área gran número de negocios pequeños (tenduchos de comestibles, bares, barberías...). Los propietarios de los edificios, debido generalmente a la baja renta que producen sus viviendas, las mantienen

en estado de abandono. En estas áreas, con elevado valor del suelo y baja renta, el desorden y el vicio se establecen con facilidad y, por tanto, se producen esas circunstancias que pueden llevar a conductas delictivas.

Las áreas deterioradas, céntricas pues en muchos casos, suelen lindar con otras bien dotadas, de uso comercial o de viviendas, bien de trabajadores más o menos cualificados o de clases más acomodadas y con viviendas de calidad. El contraste entre ellas es muy notorio; los habitantes de las áreas de deterioro tienen la esperanza de abandonarlas para establecerse en una de esas mejor dotadas.

Estos sectores degradados, estos barrios, planteando siempre problemas de difícil solución, existen en todas las grandes ciudades del mundo. Se denominan también tugurios o slums, nombre este último que, a principios de siglo, se aplicaba a la habitación que ocupaba más de una familia y que hoy en día se aplica a barrios superpoblados, empobrecidos y desprestigiados.

En otro tiempo los slums o tugurios eran lugares de permanencia limitada; se permanecía allí en tanto no se podía acceder a un alojamiento mejor. Hoy ya no hay tantas esperanzas para sus habitantes; la mayoría ha de aceptar estas empobrecidas viviendas como hogares permanentes. Ellas mismas y todo un mundo que las rodea, producen un daño humano que se hace notorio en las elevadas cifras de crimen y delincuencia, a las que ya hicimos referencia, así como en la elevada tasa de mortalidad infantil e índice de enfermedades por una parte, y por otra un gran número de familias desunidas o abandonadas por el cabeza de familia. Además son muchas las deserciones

escolares de los niños, lo que a su vez dificultará el abandono futuro del tugurio.

Muchos emigrantes (casi todas las grandes ciudades padecen el fenómeno de la inmigración) conocieron los tugurios como lugar de paso; allí, por un tiempo, continuaban con sus costumbres y habla, entre familiares, amigos o simplemente paisanos, mientras podían vivir por poco precio.

Por otra parte, las gentes que van asentándose en estas áreas suelen tener, además de escasísimos recursos, muy poca formación cultural. Ello les dificulta el acceso a ciertos trabajos y su incorporación a la sociedad, con lo cuál también las posibilidades de abandonar el tugurio se vuelven más remotas.

Si en otros tiempos estos tugurios o slums, propios de ciudades con un cierto grado de industrialización, estaban como enquistados dentro de la ciudad, próximos al centro y a otras áreas más privilegiadas, crecen hoy a la vez que toda la ciudad y van ocupando sectores que antes ocupaban clases en mejor situación. Esto sucedió, como ejemplo muy conocido, en Estados Unidos, en Nueva York, con Harlem, que en poco más de un siglo pasó de contener a las clases más ricas en sus lujosos hogares, a alojar, en los mismos edificios, primero a gentes menos acomodadas; luego a emigrantes judíos, italianos, irlandeses, alemanes, y hacia principios de siglo comenzó a ser ocupado por negros que procedían del sur. Hoy sus habitantes viven en uno de los barrios más deprimidos de aquel país y encuentran enormes dificultades para abandonarlo.

Y de esta forma nacen muchos tugurios; sectores prósperos van siendo abandonados por unos habitantes con un cierto nivel económico y cultural y son ocupados por otros situados en un estrato más bajo.

Tras un proceso continuado en este sentido, no sólo desciende el nivel económico, sino que además (y por esta misma causa) la población comienza a hacerse; cada habitación contiene cada vez a mayor número de personas; las viviendas sufren un abandono progresivo por parte de sus propietarios y con frecuencia la especulación aprovecha estas circunstancias para producir viviendas económicas que puedan dar cabida cada vez a más habitantes; así el área deteriorada se amplía. Refiriéndonos a estadísticas elaboradas en los Estados Unidos, no muy diferentes a las que podrían establecerse para ciudades con un cierto nivel industrial de otros países, se vió que “una de cada cuatro familias vive en hogares inadecuados, deteriorados, semilla de áreas de slums y una de cada siete vive en moradas no propias de la vida humana”.

Y no es que no se hagan esfuerzos para contener el crecimiento de los tugurios, pero cuando se consigue trasladar o por su propio esfuerzo algún grupo consigue abandonar el tugurio, aparecen inmediatamente nuevos moradores para sustituirlos y cada vez que se produce una depresión, pasajera o prolongada, aumentan los habitantes y la presión de los propietarios sobre los inquilinos.

Siempre preocupó también el costo social de estas áreas, que implica una alta incidencia de pobreza, enfermedades y delincuencia. Lo que no está claro es que éstas sean causa o resultado del influjo de las áreas degradadas y desordenadas. Indudablemente las clases deprimidas viven en ellas pero también ellas producen pobreza y mantiene pobres a sus habitantes. Sobre todo en las áreas de desesperación, áreas que sus moradores han perdido la esperanza de abandonar, es donde se producen los más hondos problemas sociales de la ciudad. A ellas se asocia el crimen y la

delincuencia, aunque no esté claro, es preciso insistir, que sean las causantes del crimen o productoras de criminales; pero lo que sí es evidente es que la delincuencia juvenil, por ejemplo, está muy asociada a aquellos que han perdido la esperanza y que tratan de conseguir por otros caminos lo que no pueden conseguir honradamente.

Por otra parte, en estas áreas se producen actividades ilegales y delictivas cuya demanda es en algún modo exterior a ellas; así, además de la prostitución, el juego no autorizado o el tráfico ilegal de drogas, tienen una clientela exterior, se fomenta desde fuera, aunque se desarrollen dentro.

Las familias que habitan en estos lugares padecen un alto nivel de ansiedad debido a su forma de vida, con muy escasa independencia y con gran inestabilidad en todo lo que les rodea: el empleo, la vida familiar...; ello causa fricciones entre miembros de una misma familia y entre familias y vecinos. La crisis es permanente.

En la influencia de esta forma de vida sobre el carácter de sus habitantes parecen haberse comprobado efectos negativos en aquellas personas con dificultades de relación; el medio hostil las aísla cada vez más. También parece que estadísticamente se llega a la conclusión de que existe mayor concentración de esquizofrenia en las áreas desorganizadas; incluso se ha llegado a pensar si ciertas personas con tendencia a la esquizofrenia tienden a acudir a estas zonas.

Comparando los tugurios con otras áreas residenciales o con la ciudad como un todo, se han obtenido, a lo largo de estos últimos años, una serie de estadísticas expresivas en sí mismas y en relación al índice de posibles costos sociales. Dentro de la dificultad de medir el grado de deterioro de una vivienda o de

un barrio y dada la subjetividad del tema (una vivienda no adecuada para una comunidad puede serlo para otra), si partimos de un cierto convenio basado en una relación de costo de reparación y vivienda nueva, se ha observado que los tugurios llegan a ocupar el 20% de las áreas residenciales de ciertas ciudades analizadas y el 33% de la población, y que contribuyen con el 45% de los delitos mayores, el 50% de los arrestos, el 55% de la delincuencia juvenil, el 60% de los casos de tuberculosis, el 50% de las enfermedades en general, el 35% de los incendios, etc. Estos valores estadísticos vienen a evidenciarnos no sólo los elevados costos sociales de los tugurios, sino que los tugurios equivalen a desorganización social y enfermedad.

Estas áreas de desorganización que son los tugurios existen, es preciso insistir, desde siempre en las ciudades, aunque la Revolución Industrial las haya dilatado e incrementado.

Sólo desde hace poco más de cien años se crea un clima general de lucha contra el tugurio; aparecen estudios sobre ellos y sobre sus habitantes; se analizan los costos sociales, los diversos grados de pobreza y de desorden. Se comienza por buscar definiciones a los tugurios tal como áreas ocupadas por "inquilinos indiferentes, despreocupados y hoscos, no necesariamente viciosos, pero capaces de poseer rasgos de conducta indeseable"; esto refiriéndose a los habitantes. En cuanto a los tugurios en sí fueron definidos como "áreas deterioradas físicamente y socialmente desorganizadas".

Taft matiza más y establece sectores en los tugurios de acuerdo con las características de sus habitantes; estos son: un sector de miseria en que la mayoría de las familias son pobres; sus hogares suelen perma-

necer unidos y algunos miembros de la familia practica el hurto cuando la ocasión se presenta.

Otro sector lo compone el tugurio propiamente dicho en el que, además de pobreza, existe una población heterogénea con vagabundos, borrachos, frustrados sociales, delincuentes. Existen numerosos hogares deshechos y no se aprecian controles de conducta por parte de la comunidad.

Define otros sectores tales como el intersticial (habitado por grupos compactos muy aislados), el de pensiones (con grupos de gran movilidad) y, por último, el sector del vicio, que da cabida a un variado tipo de conductas marginales relacionadas con la corrupción y el crimen.

El planteamiento de Taft supone el análisis de la problemática del tugurio a partir de las condiciones sociales de sus habitantes. Tal vez interese comprobar como inciden en esta problemática las condiciones físicas del habitat. Si bien no se cuenta con muchas experiencias en este sentido (en la investigación social y psíquica respecto al habitat, en lo que se refiere a la relación individuo-vivienda o al vecino respecto a su ambiente), ya se han realizado algunas observaciones; se ha podido comprobar, en grupos de personas trasladadas a viviendas públicas de mejor calidad, una mejora en sus hábitos y en su conducta social en relación con grupos del mismo nivel que permanecieron en el tugurio.

También, al contrario, se han observado los efectos negativos en aquellos que procediendo, por ejemplo, de una vivienda en el campo y una actividad artesanal, al trasladarse a la ciudad y verse obligados a refugiarse en una de estas áreas deterioradas y abarrotadas, rodeándose de personas en análogas circuns-

tancias a las de ellos, permitió comprobar una pronta degradación de costumbres, que se vuelven más desordenadas y con una mayor tendencia, por ejemplo, al abuso del alcohol.

Esto coincide con las conclusiones de Prazier quien, a través de sus análisis de ecología humana, demuestra que la organización de la vida familiar depende en gran medida del orden de la comunidad en que está inserta. Sus estudios los apoya en estadísticas obtenidas a través de organismos de asistencia pública. Así pudo comprobar que una serie de alteraciones de conducta, desde el abandono de familia hasta la delincuencia juvenil, disminuían estadísticamente a medida que se referían a áreas con una mayor estabilidad en su vida comunal, vida más organizada y viviendas mejor dotadas.

Por viviendas mejor dotadas nos referimos a viviendas nuevas o mejor conservadas, dentro de un entorno más saneado. Siguiendo el mismo proceso que el indicado al tratar de la degradación de determinados barrios, observamos que con la vivienda sucede también que a medida que pasan los años descende en su escala de valor, salvo que influyan algunos aspectos muy especiales. Las viviendas son abandonadas, después de un tiempo, por sus primeros ocupantes y pasan a ser ocupadas por grupos de menor capacidad económica. Esta situación se repite hasta llegar al grupo de nivel inferior, entendiéndose por grupo de nivel inferior al de menor nivel económico o grupos raciales con baja consideración en la correspondiente comunidad.

Este proceso mediante el cual la vivienda va siendo ocupada escalonadamente por grupos de menor nivel económico se denomina "filtración descendente"; se produce de una manera general aunque exis-

ten situaciones en que esta filtración no se produce o incluso puede cambiar de signo.

Entre los factores que producen filtración descendente podemos contar el deterioro, no sólo de la propia vivienda, sino también de su entorno o del habitat en que está inmersa; los efectos depresivos de una determinada industria, etc.

A medida que se va produciendo la filtración descendente, se va produciendo también desorden en el área, desorden que va influyendo en la conducta social del individuo; el deterioro físico acompaña al deterioro humano.

Una vez que se inicia el proceso de filtración descendente, van aumentando los síntomas de deterioro, a la vez que las viviendas, diseñadas para una sola familia, van superpoblándose y volviéndose inhabitables. Otras viviendas nacen ya predestinadas a formar en la composición de los tugurios, por no contar con determinados servicios urbanísticos, por falta de ventilación o iluminación, por mala calidad, por escasez de espacios abiertos, por excesiva densidad....

Sobre la conducta emocional influyen más los factores de conservación del habitat que la distribución o incluso la dimensión de las viviendas. Sin embargo, una vivienda adecuada debe poseer las mejores condiciones en todos los aspectos y debe influir en el desarrollo equilibrado de una personalidad; la disposición física puede colaborar en la producción de rasgos deseables, aunque todavía no se ha llevado a cabo ninguna investigación profunda acerca de aquellos espacios que, agrupados y relacionados, puedan llegar a actuar positivamente sobre la personalidad, produciendo una mejoría efectiva.

Esto respecto a la vivienda. En cuanto a la ciudad,

las críticas más duras comenzaron ya en el siglo pasado; se llamó la atención respecto a los efectos de la industrialización sobre ella; sobre la contaminación ambiental, el tráfico, el hacinamiento, la concentración de pobreza y también la monotonía de los empleos que proporciona la industria, con los negativos efectos que todas estas circunstancias operan sobre la conducta. Y no sólo se formularon críticas, sino que además se tantearon soluciones; los éxitos fueron tan escasos que muchos llegaron a pensar que el fenómeno de la ciudad es tan complejo y dilatado que resulta imposible de denominar con eficacia.

De estos factores negativos que actúan sobre la ciudad se ha de derivar un desorden productor de vicio y delito. Pero no queremos limitar nuestras referencias al habitat urbano. Entre la vida urbana y la vida rural se produce una gran contraposición de actitudes; muchos planteamientos urbanos carecen de sentido para los habitantes del campo y una serie de delitos propios del medio urbano son desconocidos en el medio rural. Tal sucede con la delincuencia juvenil, que crece en proporción a la dimensión de la comunidad urbana, a la concentración humana, ya que, entre otros motivos, a mayor concentración existe mayor posibilidad de desorden social. También se ha observado que la delincuencia aumenta a medida que determinadas zonas rurales se industrializan o se incorporan a la cultura urbana. Este aspecto fue recogido por el Doctor Yuste en la revista "Ciencia urbana", completado con unas estadísticas muy expresivas en el momento de valorar el índice y el tipo de delito en cada área. Así, las tasas de alcoholismo se duplican en las ciudades de más de 100.000 habitantes respecto al medio rural. El 95% de los drogadictos se registran en las áreas urbanas. El índice de suicidios

sube al aumentar la densidad en las ciudades. Los divorcios y separaciones matrimoniales y las tensiones familiares (expresadas en huidas o abandonos de hogar) son mucho más elevadas en la ciudad que en el campo y determinados delitos sexuales son puramente ciudadanos.

Por otra parte, resulta curioso señalar que ciertos delitos urbanos parecen tener un origen rural o al menos pertenecen a un mismo grupo; esto sucede con algunos hábitos rateriles (raterías en comercios, a vendedores ambulantes), protagonizados sobre todo por los más jóvenes; son hábitos que se relacionan con costumbres de los muchachos campesinos que consisten, por ejemplo, en llevarse frutos de un huerto ajeno, delitos tolerados pacientemente en el campo y que suelen tener peores consecuencias en la ciudad, donde puede suponer el inicio de una carrera delictiva.

En esta exposición hemos recorrido aquellas áreas que facilitan o propician la aparición de conductas desordenadas y con ellas el vicio y el delito. No quiere decir esto que vicio y delito sean exclusivos de determinadas áreas. Lo que sucede es que en unas está más generalizado e influido por el medio, mientras que en otras, mejor dotadas, el vicio y el delito están más en relación con la ambición o la formación moral del individuo.

En estas otras áreas, menos deterioradas y más organizadas, sus habitantes pueden pertenecer al mundo de los profesionales, de los comerciantes, de los financieros, del funcionariado o de la política; los delitos que se producen en ellas suelen estar ligados al engaño profesional, a la corrupción, al abuso económico, al fraude, a la estafa, pero raramente afecta a la seguri-

dad física de los ciudadanos. Con frecuencia el vicio de otros sectores puede tener un apoyo de clientela en éstos; pero no parecen existir relaciones de conducta entre los moradores de estas áreas y el habitat. Aquí no se dan las causas que estadísticamente se consideran necesarias para el desarrollo de conductas desordenadas, viciosas y delictivas. No existe deterioro físico del habitat, ni hacinamiento ni desorden social, factores estos últimos que reiteradamente hemos señalado como incitadores de circunstancias productoras de conductas delictivas.

BIBLIOGRAFIA

G.A. Theodorson: *Estudios de ecología humana.*

R.K. Merton; P.S. West; M. Jahoda y H.S. Selvin: *Sociología de la vivienda.*

Morton y L. White: *El intelectual contra la ciudad.*

Aldo Rossi: *La arquitectura de la ciudad.*